



La pesada cabeza de Gustav Mahler sentado y mirando hacia un lado es, dicen, la que Thomas Mann puso en la de su personaje, el escritor cincuentaño Gustav von Aschenbach. Una cabeza señorial demasiado grande para un cuerpo desmedrado, leemos, y es que el solitario Aschenbach, aunque exitoso constructor de su propia catedral literaria, muestra una vista cansada y síntomas de nerviosismo. Su éxito profesional descansa en su fracaso corporal. Se da en él uno de los temas de la vida de Mann y de muchos de sus personajes: el árido contraste entre lo cerebral y lo orgánico.

Thomas Mann es en cierta medida Gustav Aschenbach y Gustav von Aschenbach tiene mucho de Gustav Mahler aunque, como veremos, Thomas Mann es también, y sobre todo, cada día de su vida, Tonio Kröger, tal como también Cioran y Gombrowicz sentirán ser, cada uno a su modo, Tonio Kröger: el muchacho a quien no le ha sido dado aquello que sí posee despreocupadamente Hans Hansen.



Paseando por la noche por su barrio, Aschenbach siente de pronto con mucha fuerza, casi con violencia, el deseo de viajar. Piensa en islas tropicales, en pantanos poblados de árboles gigantescos y deformes, en una exuberancia de aguas lechosas. Al mismo tiempo, ya en ese mismo momento, su experiencia con la calle, con lo que se aleja del confort de su casa y de los sitios selectos que frecuenta, es de que allí afuera hay un mundo peligroso y desagradable. Borrachos, viejos que se visten absurdamente de jóvenes, estafadores, incertidumbre.

La mirada de Hermann Hesse, su contemporáneo, es un poco la misma: hay un mundo claro, el de la casa, y un mundo oscuro, el de afuera, que a veces llega a colarse al interior de la casa: son las criadas, los peones, la pobreza y la suciedad, caballos que se encabritan, un mundo horroroso y a la vez fascinante. Por una parte está el deseo de mantenerse puros, que si atendemos a las biografías de Mann y de Hesse, es muy fuerte, determinante: seguir siendo niños, no contaminarse con los paludismos del sexo, con el mundo irregular y amenazante de, entre otras cosas, las mujeres. Los deseos eróticos que aparecen en la adolescencia son vividos como una maldición. Por otra parte, a sus personajes y a ellos mismos los mueve la irresistible necesidad de ir al encuentro de lo oscuro.

Thomas Mann no saldrá en toda la vida de su casa, una casa bien estructurada con esposa, hijos perros, criados, biblioteca y jardín, aunque se vea obligado a hacer la vida en países o continentes diversos debido a los avatares políticos de su país y su época. Hesse hará un semifrustrado viaje a la India para recluirse luego en Suiza para siempre. Ambos evitarán el alistamiento militar en las guerras mundiales.



En Venecia, en el comedor del Grand Hotel des Baignes de la playa de Lido, Aschenbach encontrará a Tadzio. El muchacho, un niño adolescente en la novela, aparece formando parte de un grupo familiar que habla en polaco pocas mesas más allá de donde el escritor desayuna, e impone suavemente su presencia debido a su superioridad:

*Aschenbach advirtió con asombro que el muchacho tenía una cabeza perfecta. Su rostro, pálido y preciosamente austero, encuadrado de cabello color de miel; su nariz, recta; su boca, fina, y una expresión de deliciosa serenidad divina, le recordaron los bustos griegos de la época más noble. Y siendo su forma de clásica perfección, había en él un encanto personal tan extraordinario, que el observador podía aceptar la imposibilidad de hallar nada más acabado.*

El Tadzio literario de Thomas Mann, aunque perfecto, queda por así decirlo barrido por el Tadzio visual que en 1971 nos ofrece Visconti en su película Muerte en Venecia. El personaje interpretado por el joven actor sueco Bjoörn Andrésen es un elegante resplandor rubio y juvenil, una aparición que se apodera del relato. Es un Tadzio, el de Visconti que pasa a formar parte del repertorio icónico colectivo de la época. Su presencia andrógina parece a la vez flotar en el aire e imponerse sin contrapesos. Es alguien que ha dejado de ser un niño pero no es aun un adulto. Y es portador apenas consciente de aquella gracia misteriosa de lo que pugna por definirse, una belleza pura y a la vez seductora que Aschenbach relaciona desde el inicio con el eros clásico.